

Reseñas

vipassana al modo del budismo del sur) su libro sobre el tema, además de la edición española de 1986 (con reediciones), tuvo traducción a inglés ese mismo año, al italiano en 1988 y al alemán en 1994. Por su parte Abraham Vélez, de una generación más joven se ha formado en Sri Lanka (en la Universidad de Peradeniya) y en la actualidad realiza una estancia de investigación en centros de estudio tibetanos del norte de la India (en particular en el Central Institute of Higher Tibetan Studies de Sarnath), su perfil lo encamina claramente a una dedicación de carácter universitario.

La traducción que ofrecen, frente a intentos anteriores (que vertían vicariamente del inglés u otras lenguas) es directa, y por tanto se construye desde la capacidad de entender de primera mano los términos que se trasladan de una lengua a otra (compleja alquimia); además se hace sin la intermediación de interpretaciones esotéricas, o fruto de una sesgada ignorancia, sino desde la perspectiva de dos excelentes conocedores del tema. Se trata por tanto de la edición a utilizar para adentrarnos en el universo de este texto principal del budismo.

Insistir en la necesidad de este tipo de traducciones a nuestra lengua es redundante, agradecer a los traductores que la realicen con tanto respeto y dedicación en un ambiente tan poco propicio, un necesario homenaje e instar a las editoriales valientes (como la que ha patrocinado esta publicación y algunas otras excelentes de textos orientales, como las que realiza Ignacio Preciado) a que ahonden en esta vía de apoyo a la cultura que se expresa en español, una necesidad desde la perspectiva de los que intentamos hacer del estudio científico de las religiones una realidad en nuestro país.

Francisco Díez de Velasco

KAROL, HENRYK KOCYBA; GONZÁLEZ TORRES, YÓLOTL, *Historia Comparativa de las religiones*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998, 493 pp. (ISBN 968-849-009-1)

La historia comparada de las religiones es un complejo territorio que presenta numerosos escollos no siendo el menor de ellos la sospecha que respecto del método comparativo se ha expresado desde la antropología, la historia, en general la teoría de la ciencia y en particular las demás disciplinas que tocan en alguna medida el ámbito de las religiones. Comparar sin duda es cercenar lo molesto, privilegiar parámetros, sesgar la mirada para ver lo que se desea. Porque comparar dos culturas o dos religiones necesariamente se hace desde una hacia la otra, priorizando lo que se ha evidenciado en la primera para detectarlo en la otra, resultando generalmente que ambos vectores de la comparación son desigualmente comprendidos (uno produce los argumentos, el otro es objeto de comprobación). Más radical es la crítica que a partir del historicismo ha intentado anular cualquier legitimidad a la comparación intercultural al defender la imposibilidad de relacionar algo tan mutable y dinámico como resultan ser las culturas humanas, esclavas de una historia que las transforma antes de que puedan ser aprehendidas para su comparación. Sin duda la comparación se suele construir desde modelos en cierto modo ideales o cuando menos hipotéticos;

Reseñas

productos de una síntesis en la que la habilidad del que compara a la hora de elegir los vectores de comparación es elemento fundamental. Al hablar de síntesis tocamos el corazón de la labor del comparativista, en la que a veces un cierto componente intuitivo convierte en molesto explicar las elecciones que han presidido la construcción del producto final. Pero todos estos reproches podrían dirigirse a casi toda labor de investigación y las razones fuertes de la renuncia y críticas al empleo del método comparativo han de hallarse en otros territorios. Comparar es ir a contracorriente, lo mismo que hacer síntesis. La ciencia (y en ella me permito incluir a la historia de las religiones o como se desee llamar a la disciplina que busca estudiar de modo no teológico la religión y las religiones) tiende a lo pequeño, a la fragmentación, a la especialización. La seguridad consiste en acotar un territorio sobre el que dirigir las habilidades analíticas que por necesidad ha de ser restringido. El siguiente paso es no mirar más allá, donde pueden morar celosos propietarios de otras parcelas acotadas. El método comparativo invade, lo hace desde la osadía del que no conoce las cosas a la última moda, que no es capaz de llegar a ese nivel de consenso tácito entre unos pocos que marca lo momentáneamente correcto (además pueden cambiar las cosas en el siguiente congreso, tras la siguiente jubilación...), que no respeta el reconocimiento de turno de Palabra (hablando sin saber bastante): es una práctica revulsivo. Necesariamente deambula por la interdisciplinariedad y la interculturalidad con poco respeto con los derechos adquiridos. Y puede llegar a alcanzar explicaciones globales, tan desalentadas desde la configuración de los saberes del hoy (la fragmentación parece justamente una fórmula de debilitar el Pensamiento comprensivo, que pudiera resultar hasta liberador...

El titular Historia comparativa de las religiones el libro que comentamos es una declaración de principios por parte de sus coordinadores, la opción por una orientación teórica muy determinada. Como expone en la presentación H. K. Kocyba, el material que conforma las casi 500 páginas del volumen resulta heterogéneo, hemos de tener en cuenta que se trata de las actas de una mesa redonda celebrada en 1991 en Campus Querétaro de la Universidad de Valle de México y que participaron casi cuarenta ponentes aunque en la publicación se recogen solamente trabajos de veinticuatro. Las contribuciones de mayor calado en relación con el título del libro son las que desarrollan ambos coordinadores. La introducción de Yólotl González Torres es un repaso a los acercamientos teóricos al estudio científico de las religiones y una toma de posición general en lo relativo al empleo del método comparativo. Su artículo sobre las diosas en los panteones mexica e hindú una aproximación a ambos politeísmos desde el análisis de la función que cumplen las divinidades femeninas. Por su parte Henryk Karol Kocyba en su primera contribución desarrolla una ambiciosa y extensa comparación entre las religiones en las áreas europea centro-oriental y maya en el momento del surgimiento de las sociedades jerarquizadas mientras que en la segunda hace un estudio iconográfico-estadístico de la aparición de divinidades femeninas en los códices mayas. Ambos trabajos tienen la valentía de encarar las investigaciones desde perspectivas muy nuevas (recordemos que el análisis iconográfico en historia de las religiones, la denominada religión visible, es uno de los campos más dinámicos y con mayores proyecciones de futuro, en particular en los

Reseñas

estudios comparados) y con un conocimiento sólido de la metodología al que desde luego no es ajena la vocación por la teoría y metodología que desde hace decenios caracteriza a la universidad polaca, donde se formó Kocyba.

El resto de las contribuciones, algunas de ellas muy interesantes, tiene menos que ver con la perspectiva que promete el título de volumen. Son estudios en su inmensa mayoría dedicados al área mesoamericana y un buen número de ellos a la cultura de Teotihuacán, y el recurso al método comparativo no es común salvo a la hora de realizar síntesis puntuales. El libro está ordenado por criterios lógicos en tres grandes partes. La primera dedicada a las religiones de sociedades preagrícolas o protoagrícolas (cazadoras-recolectoras y preurbanas) es el menos numeroso en contribuciones, formado por la ya reseñada de Kocyba, además de la de Laura Esquivel que repasa la pintura rupestre de Baja California y un trabajo de síntesis de Eduardo Williams sobre la escultura votiva en piedra en una zona tan interesante y poco estudiada como es el occidente de México. La parte principal se dedica a la religiones de las sociedades complejas, muy particularmente las mesoamericanas aunque comienza con un estudio de Paco Ríos Agreda sobre la sexualidad en el judaísmo. Se tratan temas muy diversos relativos al mundo mesoamericano como la domesticación de animales y religión (por Raúl Valadez), los elementos psicopompos (por Beatriz Barba), la teogonía zapoteca (Bernd Fahmel) la religión en Teotihuacán en sus diferentes aspectos (con contribuciones de María Elena Ruiz Gallut, Rubén Cabrera, Linda Manzanilla, José Rodolfo Cid) el culto en Yucatán en el Posclásico Tardío (por Adriana Velázquez) o la iconografía e ideología de la guerra en relación con la religión (por David Charles Wright y también José Hernández Rivero). La parte tercera trata de religiones de grupos actuales con un trabajo sobre los otomíes de Aurora Castillo, otro sobre los ñóhhu de Marcelo Abramo-Lauff, un tercero sobre la danza de concheros de Juan José Bárcenas y el último sobre religión y sustancias psicodélicas de Roberto Escalante.

Se trata de un elenco variado y numeroso de trabajos que caracterizan un interés desde luego no meramente puntual en México por el estudio de la religión. Tras este encuentro realizado en 1991 y cuyas actas reseamos, México fue anfitrión en agosto de 1995 del XVII Congreso Internacional de la IAHR (International Association for the History of Religions) auspiciado por Yólotl González Torres y que marcó un hito muy importante puesto que fue la primera ocasión en que se desarrolló en un país de habla hispana. Queda pues regocijarse por la aparición de este libro, y además por resultar síntoma del desarrollo en México de la disciplina a la que la revista en que esta reseña aparece se dedica. Tiene la valentía de proponer una perspectiva de estudio, que aunque con problemas e incertidumbres al que esto escribe le parece, desde luego, una de vías más eficaces de comprensión de las culturas humanas.

Francisco Diez de Velasco